

LENGUAJE Y CULTURA

Pablo E. Mayorga

1. HOMBRE Y CULTURA

Entiendo por cultura al intento de las generaciones de los hombres, por solucionar, en una estructura permanente, el problema de su existencia. El problema de la existencia humana es único en toda la naturaleza. El universo vive un dinamismo que lo hace evolucionar para que sus seres tiendan hacia la perfección de sus potencias. Todos los seres que lo forman se esfuerzan en un impulso empeinado por obtener su desarrollo o equilibrio. Frente a esas fuerzas inconscientes necesitantes que tensionan el mundo, el hombre se encuentra desvalido. No está ligado necesariamente a la evolución de su ser; su existencia no puede ser vivida por las fuerzas ocultas que vitalizan el universo entero, repitiendo el movimiento primordial de su especie. Tiene que vivirla por sí mismo, guiándose por su razón. El hombre es el único animal para quien su propia existencia constituye un problema que tiene que resolver y del cual no puede escapar. Tiene que hacerse dueño de sí y de la naturaleza, no puede regresar al estado prehumano de armonía con el mundo. Y para ello no tiene más que un camino: abandonar su origen animal e inconsciente, y hacerse una patria no natural, creada por él mismo, humanizando su mundo y haciéndose él mismo verdaderamente humano: es decir, construir una cultura.

La antropología comprueba que doquiera un grupo humano debe enfrentarse con el problema de su existencia tiene dos dificultades iniciales que resolver: debe asegurar su subsistencia, lo cual se ve dramatizado por el matiz de inseguridad propio del hombre, una vivienda, alimentación, defensa, abrigo, salud. . .

Tratará, además, de superar su realidad inmediata, para no quedar encerrado en el eterno retorno repetido de las cosas y del tiempo. Y este hecho se repetirá una y otra vez en todas las comunidades humanas, de modo cada vez más acentuado mientras mayor sea su desarrollo. Y no se trata de un pro-

blema meramente inicial, porque el problema de la existencia es un interrogante incesantemente respondido y vuelto a debatir, de tal manera que acompaña a cada hombre a lo largo de su vida.

Dos impulsos fundamentales que caracterizan al ser humano, le permitirán salir armado para el enfrentamiento de ambas dificultades: el impulso al dominio y a la trascendencia del mundo. Mediante el primero intentará dar solución al problema inmediato de su subsistencia. Gracias al segundo se esforzará por evadirse de lo inmediato que lo cerca, para abrirse a una dimensión de sentido.

2. LA FORMACION DE UNA CULTURA

Esta lucha de doble frente que deberá sostener el ser humano para responder al problema de su existir constituye la formación de una cultura que podemos esquematizar fundamentalmente en tres etapas.

A. Primera etapa. A diferencia del animal el hombre no tiene asegurada su subsistencia por una ciega cadena de instintos, que buscan sobrevivir. Su respuesta al desafío de la realidad debe ser humana. El debe asegurar su subsistencia de una manera consciente, por un acto de dominio sobre la materia. Debe conocerla, ordenarla, descubrir sus leyes, para adaptarse a ella y crear un espacio habitable que responda a sus necesidades vitales. Es en su orientación práctico-finalista donde se hace señor de las cosas, poniéndolas al servicio de sus vivencias de conservación y desarrollo, aumentando siempre que puede su poder de disponibilidad.

Pero encontramos otra temática en el hombre, por la que tiende a superar su aislamiento, ir más allá de sí mismo, y es lo que lo distinguirá más precisamente de los demás seres del universo: las tendencias por las que se trasciende preguntando e investigando, buscando el sentido de sí mismo, el de las cosas. Son las tendencias trascendentes del espíritu. No busca por ellas consolidar la existencia individual diferenciándose de su mundo sino que sale al encuentro de un horizonte, gracias al cual su existencia humana encuentra su lugar y su sentido.

Allí trata de realizarla con plenitud, ligándose al mundo como un miembro dependiente de un todo. Tratará de comunicarse y participar con lo que está más allá de su interés inmediato. Su finalidad será la participación, la relación y el recuperar la unidad perdida con el universo.

En este impulso trascendente el hombre no se siente centro de la realidad, dueño y señor de las cosas, sino que él mismo se abre a los valores de sentido, y se incorpora en un todo en cuyo horizonte tiene valor su propia existencia. En esta primera etapa, esto lo realiza mediante los mitos y las leyes morales. Supera así el aislamiento del yo-individual que pone a su servicio a todas las cosas; trata más bien de realizar su existencia con

plenitud de sentido ligándose al mundo como un miembro dependiente del *Todo*. Así entra en el mundo de los valores y recibe la dimensión última y más personal de su ser, la del espíritu.

B. Segunda etapa. A medida que evoluciona la comunidad, se acentúan también las dos dimensiones del hombre en su expresión concreta. La dimensión de dominio trata de asegurar su disponibilidad sobre el mundo, diversificando su actividad. Así crea técnicas económicas, aparece la división del trabajo, la explotación racional de los recursos, técnicas políticas y sociales que garanticen un orden y una evolución comunitaria, técnicas militares que aseguren la defensa. . .

Y la dimensión trascendente se expresa en la institucionalización del derecho y la administración de la justicia, en la constitución de la religión, el culto, la universalización del mito a comprensión de todo lo humano y no sólo de lo anecdótico o lo inmediato, la expresión artística y literaria, a través de símbolos, que sensibilizan estas creencias trascendentes.

C. Tercera etapa. Llega un momento en que de tal manera ha evolucionado la comunidad, sus técnicas y su visión trascendente del mundo, que se percibe una estructura en toda la actividad externa y espiritual de sus miembros. Ellos tendrán ahora una fisonomía propia, habrán fraguado un modo peculiar de encarar la existencia que los diversifica de los otros pueblos, una escala de valores y símbolos que definen su actitud frente a la vida y revela una trama frente a lo que no se duda nunca qué es lo importante y qué es lo superfluo. Esta escala de valores será un dar valor mayor a unas cosas que a otras y para conseguirlas se organiza de un modo u otro, y para transmitirla se crea la expresión oral o escrita fraguada en un todo que es la semiótica. Este es el momento en que podemos decir que se ha constituido una cultura. Es aquella mentalidad, aquella actitud, aquel valorar y enfrentar las cosas que distinguen a los pueblos, y se reflejan en sus costumbres, instituciones, lenguas y hasta en sus leyendas, para todo lo anterior el elemento esencial es el lenguaje, de tal manera que todos los elementos culturales se pueden y se expresan bajo el mundo de la semiótica.

3. RELACIONES GENERALES ENTRE EL LENGUAJE Y LA CULTURA

Presupuestos antropológicos. El hombre no es un ser estático. Por el contrario, padece una rica vida psíquica dirigida a las posibilidades de realización de su ser. Además el hombre se muestra en cierto aislamiento y oposición con el mundo exterior. Si se dirige a él es para poseerlo con el deseo de queter tener, estos son los valores que se refieren a la conservación y a la seguridad de la existencia, como ya se ha dicho antes. Pero las tendencias transitivas superan el aislamiento. Sus finalidades son estados y esencias que están más allá del individuo con significado propio en el horizonte del mundo: son los valores de sentido. No busca consolidar la existencia individual diferenciándose, sino que desean dar a la existencia humana el horizonte de un mundo, gracias al cual cumple su sentido. Por ellas el hombre se esfor-

zará en realizar su existencia con plenitud de sentido, se manifestará como espíritu que busca comunicarse y participará con lo que está más allá de un interés meramente individual. Su finalidad será la comunicación, la apertura al mensaje de lo real, el cual se le aparece como tarea y misión.

El papel del pensamiento en el conjunto de la vida, consiste en orientar al ser humano en el mundo mediante una doble función: la intelectual y la espiritual. Mediante la función intelectual el hombre percibe al mundo en ciertas capas de su realidad, de manera que puede utilizarlo, manejarlo con fines prácticos e instalarse en él adecuadamente. Obedece a lo que hemos llamado los valores de subsistencia. La función intelectual realiza el trabajo de denominación de las cosas, con esto está realizando un acto de monio sobre ellas, con este acto estamos haciendo al mundo manejable y a nuestra disposición, con ello estamos situando al mundo al servicio de las vivencias de conservación y desarrollo del hombre.

La función espiritual está dirigida a los valores de sentido. Con esta se entra en contacto con lo que es y tiene valor por sí mismo. Tratará de concretar la experiencia de sentido en una idea, luego mediante la objetivación creará un horizonte de la realidad, ordenándolo y mostrándolo, no los elementos en sí sino los contenidos de sentido. Son los intentos metafísicos por establecer una cosmovisión, los intentos místicos por aclarar el sentido. Ambas funciones dan al hombre orientación en el mundo: una como instrumento para disponer de él y la otra para recibir el sentido de sí mismo posibilitándose la participación, en los valores del ser y del acontecer.

Existe una doble función en el lenguaje, similar a la doble función del pensamiento. Por la primera buscamos dar expresión al mundo, dando nombre a las cosas y asignando una interpretación verbal de la realidad circundante que nos permite fijarla y dominarla. Está en la perspectiva de las necesidades humanas: el saber de dominación, de la necesidad de subsistencia. A este lenguaje corresponden las producciones del saber lógico o racional, o como se ha llamado anteriormente la función intelectual. La ciencia física y matemática y en cierta manera también la ciencia histórica, lo que es medible, pesable y contable, todo aquello con lo cual llegamos a hacer inteligible la realidad y así podemos dominarla y subordinarla a nuestros fines, son obras y expresiones de la función lógica del pensamiento, al servicio de la expansión del hombre. La otra función desea darle expresión al sentido humano, quiere hacer que la realidad se manifieste no como a mí me interesa sino como es en sí misma. Es la función ideal o espiritual. Muestra una ordenación de contenidos de sentido, de ideas, de esencias del ser y del acontecer. Sin embargo, en definitiva, tanto la una como la otra, tanto el pensamiento religioso como el pensamiento filosófico, mítico y el poético o literario acuden a la imagen, la poesía o al símbolo. Es un hecho que el hombre, como su pensamiento y su lenguaje está estrechamente ligado a su comunidad histórica. El hecho de que a pesar del carácter puramente histórico de toda lengua, esta aparezca como algo natural al grupo que la habla, muestra la unión que existe entre lo personal y lo histórico. Es espíritu y su encarnación en el tiempo muestra al hombre como persona condicionada

por lo histórico. Y es que lo histórico no es un elemento externo al espíritu sino que entra en su misma estructura, modela su facultad de percepción y nos hace ver la realidad de cierto modo peculiar.

Esto se manifestará en el lenguaje simultáneamente como efecto de aquella tradición de la cual somos herederos y como fuente de la misma tradición que debemos comunicar. Así el lenguaje que recibimos y debere-mos transmitir encarnará el modo de encarar la realidad nuestra y de las pasadas generaciones.

Por lo tanto el lenguaje nos hará continuadores de una dimensión histórica doble que tiene la comunidad en la cual estamos injertados, al transmitir las obras que permitirán continuar el molde de subsistencia y las obras imaginativas artísticas, simbólico-legendarias, religiosas o metafísicas, que muestran el horizonte que el hombre ha descubierto después de largos esfuerzos y hasta de guerras.

Y la doble lectura que debe realizar cada persona: la de las obras expresadas lógicamente y la de las obras expresadas simbólica e imaginativamente, le permitirá injertarse en su horizonte cultural; ser un heredero de esa comunidad en su doble dimensión de subsistencia y trascendencia, y poder recrear su pensamiento y expresión lógica y simbólica que lo harán responsable de las futuras generaciones. Vemos así cuán amplio es el campo de las relaciones entre la cultura y la expresión comunitaria del hombre. Todos los fenómenos culturales tienen puesto dentro del mundo de la semiótica. El análisis estilístico, el análisis de la misma estructura de la frase, nos podría mostrar modos de encarar la realidad que posee cada lengua y cada comunidad, y las distintas generaciones de cada comunidad, con lo anterior estamos dando oportunidad de conocer las distintas culturas por las cuales han pasado las distintas comunidades de los hombres, estas culturas son expresadas a través de la imagen y el símbolo teniendo en cuenta no sólo al emisor sino también, la actitud fundamental en la cual se debe colocar el intérprete para poder captar ese lenguaje simbólico o imaginativo, además, es necesario dar un tratamiento especial a la imagen, tanto por parte del emisor como del receptor, para poder llegar a percibir en definitiva los valores culturales de sentido que les permitirá integrarse como miembros de la comunidad.

Aporte presentado por Pablo E. Mayorga para el SIMPOSIO de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Javeriana.

Noviembre de 1979